

UNO MAS UNO... PINCELADA EN VERDINEGRO PARA UN CUADRO VESANICO

Llevaba al cuello una corbata verde cuando encontró a su mejor amigo. Lo halló por casualidad, una calurosa tarde de verano, entre el deshoje de vidas privadas que siempre otoñaba la peluquería de la esquina.

Hoy se sentía más nervioso que los nueve días precedentes. Su determinación de la noche anterior era firme aún, mas la idea de ser héroe no era para él precisamente halagadora. Se había levantado más temprano que nunca, pero una vez más, el diario llegaría tarde; y de nuevo, él intentaría atrapar una mosca sobre su viejo reloj de pulsera.

-Le espera el señor Delgado.

-Dígale que iré más tarde.

El diario llegó manchado y sucio. El café quemó la garganta y deformó las letras sobre el papel ya oscurecido. Los labios abrasados no hicieron otra cosa que injuriar a la compañera callada y dócil que trajo otra taza de café.

El periódico estaba roto aquella mañana. Las letras manchadas lastimaban la mirada, como la piel barbada en la piedra oscura, mojada de rojo...
MATAN DE 17 PUÑALADAS
A MARIO MATTEI.

Había más gente que nunca en la peluquería de la esquina. La calor era asfixiante, como la del día en que las llamas destruyeron su hogar, mientras dormían en éste sus padres y su hermano mayor. Había sido un accidente; se lo había repetido a sí mismo una y otra vez; mas, si hubiera

escuchado a su madre... Ella, con su bronquitis asmática y aquel terrible dolor de espaldas que la encorvaba, siempre arrancó secretos a la noche. Y aquella vez, como otras tantas, había presagiado el funesto suceso. Pero él nunca aprendió a escucharla.

Aflojó el nudo verde mientras observaba, al ritmo de seis campanadas, los movimientos lentos, pero firmes, del acero inoxidable sobre la piel barbada de su mejor amigo... una piel barbada sobre una piedra mojada de rojo... una noche oscura... seis campanadas...

-No he visto nada...

El jefe de redacción de **La Verdad** había sospechado algo el día que almorzaron juntos; siempre se había mostrado muy hábil en eso de manipular conversaciones, pero él no podía entender aún cómo en aquella ocasión su director se las había arreglado para introducir el tema de los deberes ciudadanos y la protección policiaca. Se había mostrado amablemente interesado el señor Delgado, pero lo único que deseaba el jefe era una primera plana.

Esta vez, el café estaba frío y amargo. La mosca, sobre la alfombra, expiaba la turbulencia de la cordura humana.

-Ha vuelto a llamar tu secretaria. ¿Qué le digo?

-Que estoy enfermo...

La calor había cedido un poco. El y su amigo eran los últimos clientes.

-¿Desea la patilla corta, señor?

La página cuatro habló de torturas..., del señor Mattei..., de dos niños huérfanos..., de silencios..., de narcóticos..., de dos abogados y un médico respetables..., en fin, de acertadas sospechas...

Ya casi entraba la noche cuando a él y a su amigo les cortaron el pelo. La noche estaba fría; el camino, muy oscuro. Las pisadas se hundían sobre una piedra mojada de rojo.

-Nunca tomé este camino. ¿A dónde vamos?

-A descansar.

-Tomaré ese desvío.

-¡No, irás por éste!

-¡Qué va! Seguiré el camino de siempre.

La lucha era cada vez más violenta. Se profanó la paz... y en un apartado cruce de caminos, corren malos vientos tras una corbata verde...

-Tu jefe está al teléfono. Desea hablarte.

-Dile que iré a verlo. Antes, iré al Cuartel.

...

La mañana vibraba calidez de angustias. El teléfono no sonaba. Esta vez, el niño del diario había sido muy puntual... un corto juicio, dos abogados y un médico respetables... tres sentencias suspendidas.

En la sección necrológica, una mujer muy triste leía el nombre de un testigo estrella...

Lillian N. Valle
Univ. Interamericana
Ponce